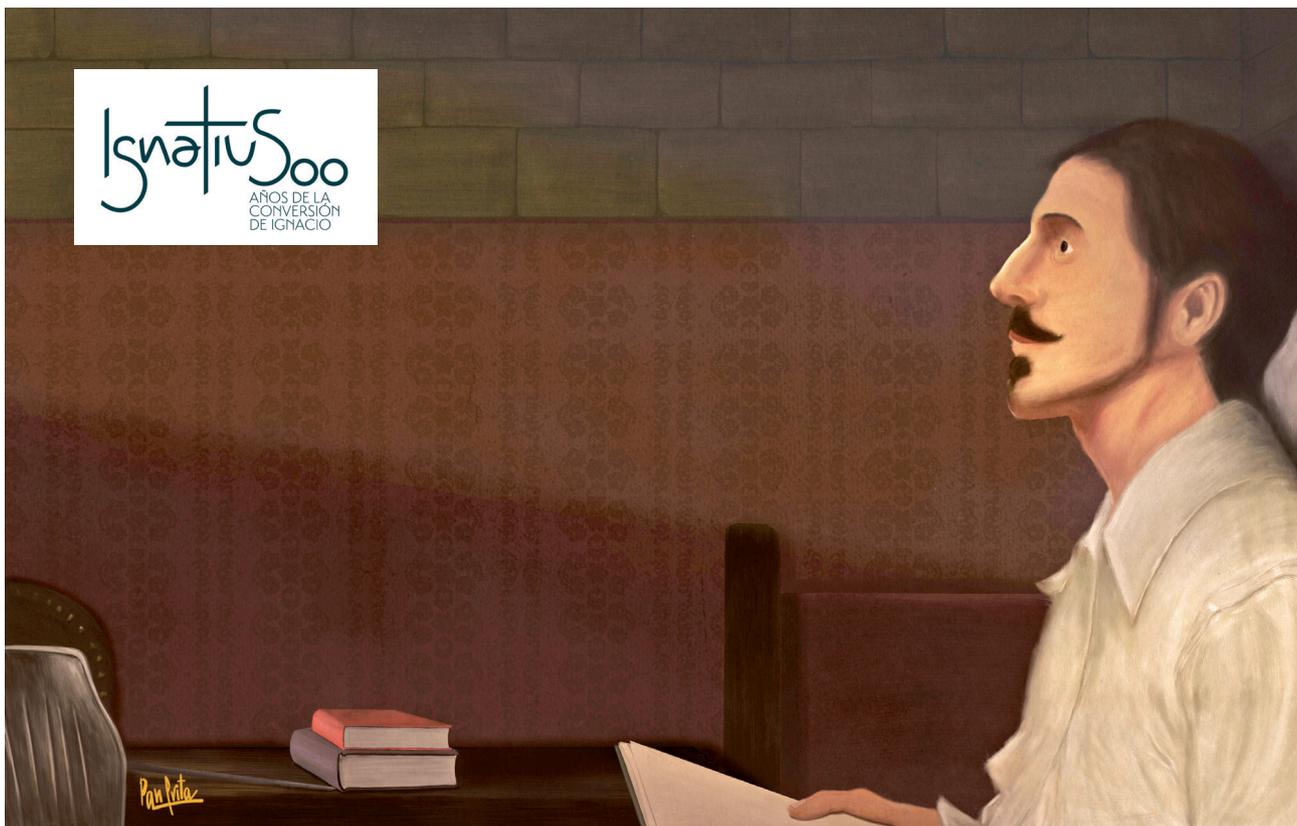


IGNATIUS 500

Una experiencia fundante



ALGO importante debió suceder a San Ignacio de Loyola en 1521 para que 500 años después y en todo el mundo queramos celebrar un acontecimiento que no es su nacimiento ni su muerte. Lo que celebramos es una experiencia, su conversión, y con ella el comienzo de la espiritualidad Ignaciana. En palabras del Padre General de los Jesuitas, Arturo Sosa, en este Año Ignaciano se trata de «permitir al Señor obrar nuestra conversión inspirados en la experiencia personal de Ignacio». Una vez más, el centro de atención está puesto en Dios y en lo que va haciendo en todos nosotros.

La experiencia de la conversión de Ignacio se da en tres escenarios y tres tiempos. El 20 de mayo de 1521, Ignacio es gravemente herido defendiendo la ciudad de Pamplona. Sus propios enemigos le transportan hasta Loyola. Durante su convalecencia, Ignacio da un giro

radical a su vida, dejando la carrera de armas y convirtiéndose en un peregrino lleno de deseos de santidad. Deja Loyola y quiere ir a Tierra Santa, pero el 25 de marzo de 1522 llega a Manresa y permanece allí casi un año. En este tiempo, lleva su cambio hasta el límite de sus fuerzas y descubre la experiencia del discernimiento. Al final del proceso ya no será él quien lleve el bastón de peregrino, sino que aprendió a dejarlo en manos de Dios, descubriendo paso a paso su ritmo y su voluntad. Esta experiencia es la que celebramos y a la que toda la familia ignaciana está invitada a unirse con el lema: *Ver nuevas todas las cosas en Cristo*.

La concatenación de los acontecimientos sucedidos en Pamplona, la herida, en Loyola, el cambio, y en Manresa, con la profundización y confirmación de su experiencia de Dios, son y serán un regalo para la Iglesia. Y

por eso en este Año Ignaciano tiene un espacio central una fecha más: el 12 de marzo de 2022, cuando se cumple el 400 aniversario de la canonización de San Ignacio junto con San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús, San Isidro Labrador y San Felipe Neri. La culminación de esta conmemoración que llamamos *Ignatius 500*, será el día de la fiesta titular de San Ignacio: el 31 de julio de 2022.

El verdadero reto para celebrar los aniversarios ignacianos no es cómo celebrarlo, porque va a haber eventos por todo el mundo, sino cómo traer al presente esta experiencia de conversión de San Ignacio. Nos ha tocado vivir en tiempos de incertidumbre, y aunque las preguntas por el sentido de la vida vuelven a emerger cuando se pone en riesgo la salud y la integridad social, laboral o económica, nos ponemos en busca de significados, pero no parece a nuestro alcance una experiencia de conversión como la de Ignacio. Habrá que buscar qué puede significar hoy esta experiencia. La palabra conversión, ha quedado secuestrada por los teóricos de la economía como un concepto que confluye en la fidelización de los clientes, después de haberlos atraído al mercadeo y seducido con ofertas. Cada empresa trata de optimizar su ratio de conversión para posicionarse mejor en el mercado. Nada más distinto de lo que celebramos, pero tampoco podemos caer en el extremo opuesto. La conversión no es tan lejana como puede sonar una experiencia mística de cielos abiertos y caídas en el desierto. Convertirse es redescubrir a Dios.

Nos sobran oportunidades para compartir esta experiencia con Ignacio. Cuando él cayó en las murallas de Pamplona, casi atravesado por una bala de cañón, todos sus planes quedaron detenidos. Se sintió más vulnerable que nunca, su programación vital saltó por los aires y quedó herido en cuerpo y alma, al límite de sus fuerzas. Nosotros hemos experimentado esta vulnerabilidad ante una pandemia que nos ha situado de nuevo en nuestro lugar en la creación. Heridos, encerrados a la fuerza, detenidos en nuestras ganas de volar, desprogramando cada reunión laboral y encuentro familiar, estrenando un aburrido mundo virtual. Todo ha perdido su antigua normalidad y estamos viviendo al límite de nuestras fuerzas humanas y sociales.

La experiencia de Ignacio en Pamplona nos habla de roturas y cambios forzados, de la vuelta no deseada



VER NUEVAS TODAS LAS COSAS EN CRISTO

No es novedad el amor,
—porque es eterno—.

No es insólito llamarte
en nuestros sueños,
ni es sorpresa descubrir
que nos esperas.

No es la justicia un reclamo
que oigamos por vez primera.

El perdón no es imposible,
ni seguirte una quimera.
Pero a la vez, todo es nuevo:
el amor y los anhelos
nuestros sueños
y tu espera.

Nuevo el grito de justicia,
nuevo el perdón y la senda
por la que seguir tus pasos,
en la que alzar tu bandera.
Cuando Tú, pobre y humilde,
nos lo muestres con tus ojos,
al fin veremos tu Reino
y habitaremos tu tierra.

José María Rodríguez Olaizola, sj

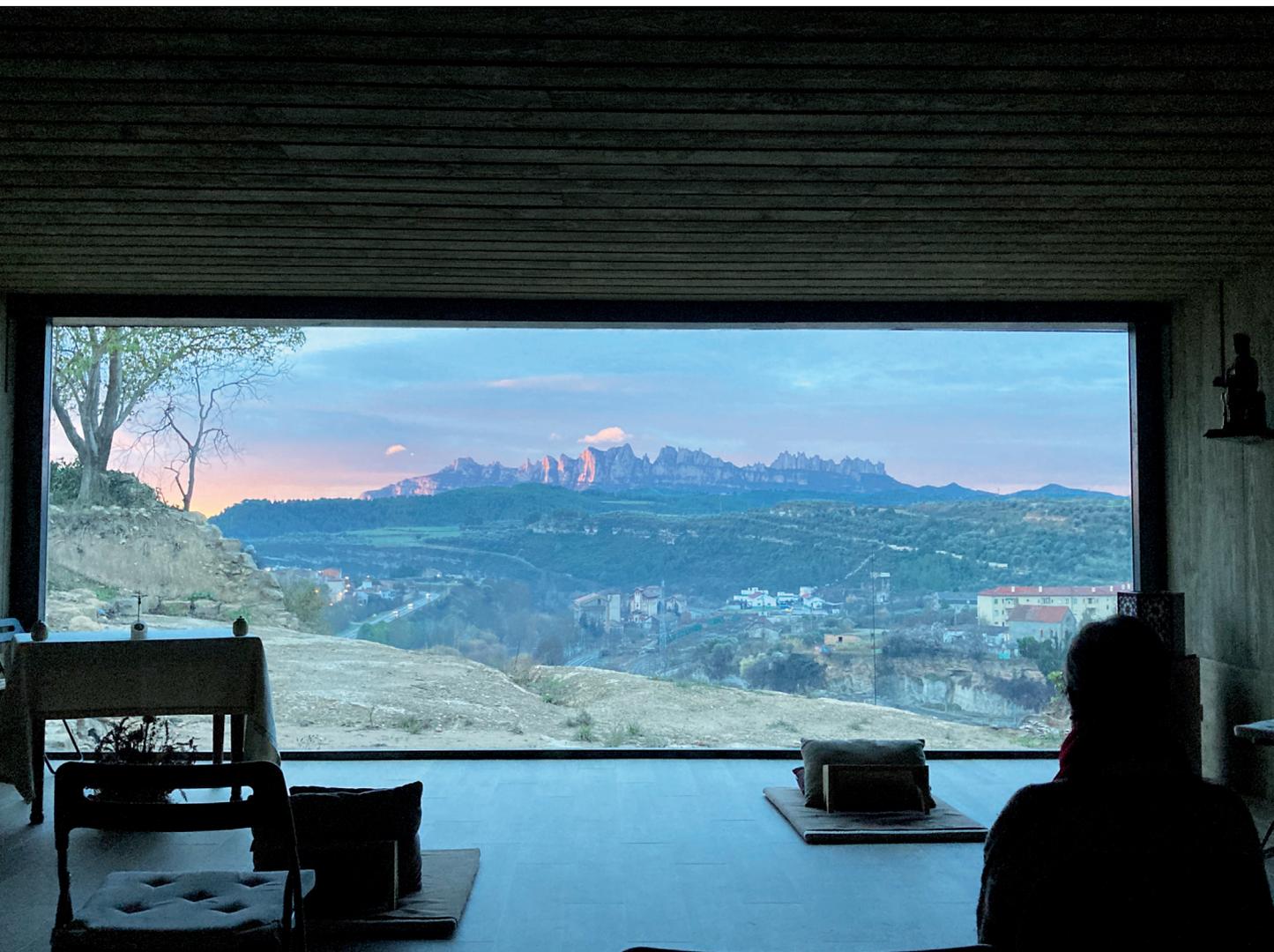
a la casa paterna. Pero también nos habla de enemigos que se convierten en camilleros, de los cuidadores del alma y del cuerpo, y de hogares que siempre son acogedores para el que llega vencido. Reconocerse a uno mismo en medio de esta experiencia de desasosiego y herida puede ser hoy también un primer paso para redescubrir a Dios.

Los ladrillos de los aposentos de la casa solariega de los Loyola desde entonces son parte de la Capilla de la Conversión. Allí Ignacio descubre un nuevo rostro de Dios, inesperado, casi por casualidad y para no aburrirse ante la falta de libros mejores. Las operaciones del cuerpo van abriendo también las venas del alma, interiorizando lo que está viviendo, sin dejar escapar lo que le da paz y le lleva a desear ser más de Dios y mejor persona de lo que era antes de la herida. Poco a poco los deseos van dejando paso a las acciones, levantándose de la cama y reinventándose a sí mismo. En este mismo tiempo de confinamiento nosotros hemos podido aprovechar, ya que no podíamos salir hacia fuera, para atrevernos a mirar hacia dentro. Está siendo un tiempo de buscar nuevas oportunidades que comienzan por el reconocimiento del deseo de cambio. Convertirse es atreverse creativamente a abrir nuevas vías, es dejar entrar a Dios por

una ventana cuando el miedo, una vez más, ha cerrado las puertas.

El cambio de Loyola necesitaba una profundización y confirmación en Manresa. Después de una noche en vela en Montserrat, Ignacio no esperaba quedarse casi un año en Manresa. Sin embargo, sabía que necesitaba tiempo para vivir del todo las grandezas que había deseado hacer por Dios. Y vino con ello la entrega sin medida, el activismo descarnado en la penitencia, el escrutinio de su alma para no dejar una mota que ennegreciera su deseo torpe de seguir a Jesús. Y cayó enfermo del todo: su cuerpo, su mente y su espíritu no dieron más de sí. Descubrió que servir a Dios no era un invento suyo, sino que Dios era tan Otro, que no lo podía manipular con buenas acciones, oraciones o penitencias. Era Ignacio quien tenía que dejarse hacer por Dios, discernir, separar y juntar lo que Dios le iba dando a sentir y redescubrirlo humildemente mientras le mostraba el camino para salir de su propia cueva. Y al salir, la luz le deslumbró con lo que conocemos como la iluminación del Cardoner, una





Oratorio en Manresa para rezar, como San Ignacio, mirando a Montserrat.

confirmación de Dios que le hizo ver nuevas todas las cosas (*Autobiografía* n. 30). Aquí empezó Ignacio el primer esbozo de los Ejercicios Espirituales y con ello el inicio de la Espiritualidad Ignaciana.

Esta experiencia de Manresa es posible traerla a nuestros días si comenzamos por descubrir que tenemos una vida espiritual que cuidar. Toda persona está habitada por un Dios que está deseando comunicarse con cada uno de nosotros. Somos susceptibles de aprender a vivir en paz espiritual aun en medio de las situaciones más adversas. Estamos invitados a respirar el Evangelio y llevarlo al mundo para mejorarlo. La vida espiritual es un regalo gratuito, pero no barato, porque se puede cultivar con la oración y el servicio a los demás, pero dándonos cuenta de las barreras que tenemos en nosotros mismos para dejar hacer a Dios. Eso es el discernimiento, poner a Dios en el centro y derribar lo que Ignacio llama «afectos desordenados», es decir, aquello que amo, quiero o me

gusta pero que me quita libertad ante Dios. Hoy el reto es descubrir que cuando estamos volcados hacia fuera, atiborrados de malas noticias, rodeados de anestésicos culturales y anhelando bienes de consumo, nos estamos olvidando de reordenar hacia Dios nuestro interior, respirar a pleno pulmón y mirar con ojos nuevos nuestra realidad y la de los que sufren más que nosotros. Esta conversión, conlleva crisis y desconcierto, pero como le sucedió a Ignacio, es una crisis de crecimiento y profundización en Dios.

El centro del Año Ignaciano no es el Santo, sino *Quien* lo enseñó y guio como un maestro instruye a un niño. Todos los recursos y eventos que se van a celebrar en los infinitos rincones por donde se extiende la familia ignaciana quieren tener en cuenta la centralidad de Dios en todos nuestros procesos de conversión. Para comunicar estos acontecimientos se ha abierto ya la página digital *ignatius500.org* que reúne toda la información del Año Ignaciano. Así



Mosaico de la «Ilustración del Cardener», de Marko Rupnik en Manresa.

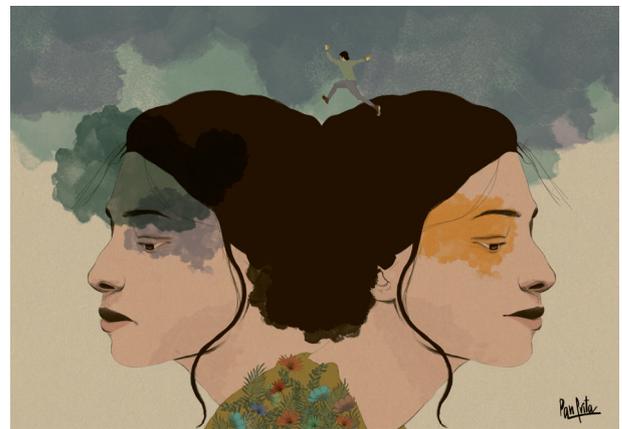
como otros espacios digitales como: *caminoignaciano.org*, *espiritualidadignaciana.org*, o *pastoralsj.org*, que invitan a recorrer en la actualidad la experiencia física y espiritual de San Ignacio.

A lo largo del año se sucederán diversos acontecimientos. Habrá simposios, como el de las distintas maneras de dar hoy los Ejercicios Espirituales, en Manresa. Habrá conciertos, como el de Espiritualidad Ignaciana y nuevos lenguajes, en Salamanca, o el musical sobre la Conversión de San Ignacio que están terminando en Málaga. Congresos mundiales, como el de Antiguos Alumnos en Barcelona. Exposiciones fijas e itinerantes sobre las Preferencias Apostólicas Universales de la Compañía de Jesús. El sector social también se une a la celebración con jornadas, conferencias y encuentros para compartir cómo la espiritualidad ignaciana conlleva una dimensión de cambio social. Los colegios y las universidades a lo largo de todo el mundo van a celebrar múltiples eventos pastorales, educativos, formativos y culturales. Su objetivo es poner de manifiesto cómo los cambios en la formación espiritual de cada persona, en su educación y en sus oportunidades de futuro, son una ocasión para el desarrollo total de la sociedad.

Hay también un espacio especial para la pastoral juvenil y vocacional, uniendo a los jóvenes de todo el mundo con el Encuentro Internacional de Jóvenes de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX) en Loyola/virtual. Y también en experiencias como el *Ignatius Challenge* o el *Macro-encuentro Magis* que del mismo modo quieren redescubrir con los jóvenes-adultos el espíritu y el compromiso en el que nos precedió, San Ignacio. Y por supuesto, nada como la visita directa a los epicentros del Año Ignaciano: Pamplona, Loyola y Manresa. En Loyola, la visita a la Casa Torre y la Capilla de la Conversión, que está siendo redimensionada para vivir más de cerca la experiencia de Ignacio. En Manresa, además de un nuevo oratorio para contemplar la belleza de Montserrat, el Santuario de la Cova acaba de abrir las puertas para ver la instalación de los mosaicos del artista jesuita, Marko

Rupnik, como un espacio de encuentro entre el arte y el Espíritu.

Toda publicación, actividad, evento y conmemoración será una oportunidad para ensanchar el espíritu y vivir personalmente la conversión. Desde la comisión del Año Ignaciano de la Provincia jesuita de España, proponemos que cada una de las ciudades o plataformas apostólicas pueda organizar, desde su propia riqueza y singularidad, unos retiros *Acompañando a San Ignacio* y animarnos a actualizar en todos, jesuitas y compañeros de misión, las claves de su conversión. Concluyo con las palabras del Padre General con las que nos invita a la oración en su carta de convocatoria a celebrar el Año Ignaciano. «Nuestra Señora de la Estrada sea nuestra guía en este camino de conversión como lo fue para nuestro Padre Ignacio y nos inspire la apertura de corazón que necesitamos para recibir el Espíritu Santo que nos quiere regalar la audacia de lo imposible».



«Entramos para aprender. Salimos para Servir», San Ignacio de Loyola.

JOSÉ DE PABLO, SJ |